

Microantología del Microrrelato

**Colección Cercanías
Ediciones Irreverentes**

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© De las obras:

Prólogo © Alicia Arés

El ascensor © Joaquín Leguina

La verdad sobre los sucesos de Frankfurt © Alberto Castellón

M.C. © Juan Antonio Bueno Álvarez

Te has muerto a destiempo © Manuel Villa-Mabela

La búsqueda © Tomás Pérez Sánchez

Mi tío © Francisco Legaz

Maestro de odio y recuerdo © José Manuel Fernández Argüelles

Venganza © Andrés Fornells

El hombre de la luna © Pedro Amorós

Debates en la estepa © Rafael Domínguez Molinos

Justicia ciega © Aurelia María Romero Coloma

Amor neumático © Álvaro Díaz Escobedo

Amigo rasta © César Strawberry

No tiene mensajes nuevos © Sasi Alami

El limón © Raúl Hernández Garrido

Para que nazca Dios © Santiago García Tirado

Pedrito's life © Javi J. Palo

Porque tú eres bueno, no como todos ellos © Miguel Ángel de Rus

La praxis © Sławomir Mrożek

© 1991 by Diógenes Verlag AG Zürich

© de la traducción, 1995 by Bózena Zaboklicka y Frances Miravittles

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana Quaderns Crema S.A.

De la edición: © Ediciones Irreverentes

Edición de Miguel Ángel de Rus

junio de 2009

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-39-2

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones

Composición: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

PRÓLOGO
DE
ALICIA ARÉS

Querido lector:

Lo que tienes en tus manos no es sólo un libro que le acompaña y da sentido a los trayectos del viaje o a las esperas tediosas e inevitables; lo que tienes en tus manos es un calidoscopio que puedes girar y girar descubriéndote de qué diferentes formas es capaz el ser humano de mirar, de interpretar su mundo, de distorsionarlo, de añadirle lo que juzga que le falta o ridiculizar lo que siente vergonzoso; pasando por la interesantísima ojeada del examen de uno mismo; esa percepción que no deja de ser, al fin y al cabo, el espejo en el que distinguimos claroscuros iluminados por, quién sabe qué, pequeños destellos.

Y así como en el calidoscopio todo cambia rápidamente al girar la mano; en esta antología la variación será cuantiosa al pasar de un relato al otro; pero siempre con el punto en común de la brevedad; fundamento imprescindible del microrrelato, que refleja la máxima intensidad en una extensión mínima y que nos deja una esencia concentrada de emociones con una enorme economía lingüística. Y es que el microrrelato bien podría llamarse el *gran* género del S.XXI o al menos catalogarlo como el género literario que más representa esta sociedad vertiginosa.

Es inevitable recordar a Italo Calvino y sus *Seis propuestas para el próximo milenio* en donde encontramos las premisas para que la literatura continúe viva: «ligereza, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad y consistencia.» Sin duda, un fiel reflejo de la sociedad

en que vivimos y que el arte –y más concretamente el microrrelato– se encarga de plasmar.

Esta *Microantología del Microrrelato* sería la mejor publicada en el mundo hasta el momento si no fuera porque no se trata sólo de microrrelatos, sino porque el editor, con la intención perversa de que el lector tenga lectura suficiente para ir desde la estación de Atocha a la de Recoletos, desde Paseo de Gracia a la Plaza de Cataluña, de San Sebastián a Anoeta, o de Alzira a Catarroja, ha incluido algunos relatos breves atendiendo a su calidad y brillantez.

Así, el lector encontrará en este libro extraordinarios microrrelatos de Joaquín Leguina, Sławomir Mrożek, Franz Kafka, Juan Antonio Bueno Álvarez, Jules Renard, Émile Zola, Javi J. Palo, Saki, Ambrose Bierce, Tomás Pérez Sánchez, Anton Chejov, Pedro Amorós y José Manuel Fernández Argüelles. Al mismo tiempo, hallará impresionantes relatos breves de Víctor Hugo, Andrés Fornells, Francisco Legaz, Anatole France, Alberto Castellón, Manuel Villamabel, Guillaume Apollinaire, Rafael Domínguez Molinos, Sasi Alami, Raúl Hernández Garrido, Marcel Schow, Aurelia M^a Romero Coloma, Álvaro Díaz Escobedo, Jean Lorraine, César Strawberry, Alphonse Daudet, Santiago García Tirado, Marcel Proust y Miguel Ángel de Rus.

Nos encontramos ante una selección de la mejor literatura breve creada desde comienzos del S.XIX hasta nuestros días, que tiene como nexo de unión una mirada crítica, ácida en ocasiones, que pasa por la ironía llegando incluso al sarcasmo. Y siempre de un modo rápido y brillante.

Es el libro ideal para esos breves momentos de paz que nos depara la vida.

LA TORRE DE LAS RATAS
DE
VICTOR HUGO

Desde que había empezado a anochecer, sólo tenía un pensamiento. Sabía que, antes de llegar a Bingen, un poco antes de la confluencia con el Nahe, encontraría un extraño edificio, una lúgubre morada ruिनosa, de pie entre los juncos, en medio del río y entre dos altas montañas. Aquella morada ruिनosa era la Maüsethurm.

Cuando era niño, por encima de mi cama tenía un pequeño cuadro rodeado de un marco negro que no sé qué criada alemana había colgado en la pared. Representaba una vieja torre aislada, enmohecida, destartalada, rodeada de aguas profundas y oscuras que la cubrían de vapores, y de montañas que la cubrían de sombras. El cielo por encima de aquella torre era sombrío y cubierto de nubes horrendas.

Por la noche, después de haber rezado a Dios y antes de dormirme, miraba siempre aquel cuadro. Lo volvía a ver en mis sueños y me parecía terrible. La torre aumentaba, el agua hervía, un relámpago caía de las nubes, el viento soplaba en las montañas y, por momentos, parecía lanzar clamores.

Un día le pregunté a la criada cómo se llamaba aquella torre. Santiaguándose, me respondió que se llamaba la Maüsethurm. Y luego me contó una historia. Que en otros tiempos, en Maguncia, en su país, había habido un malvado arzobispo llamado Hatto, que era también abad de Fuld, sacerdote avaro, según ella, que «abría la mano más para bendecir que para dar.» Que un mal año compró todo el trigo de las cosechas para revendérselo muy caro al pueblo, pues aquel cura quería ser muy rico. La hambruna fue tal que los campesinos morían de hambre en los pueblos del Rin. Que entonces el pueblo se reunió alrededor del burgo de Maguncia, llorando y solicitando pan. Que el arzobispo le negó.

En este punto, la historia se hacía terrible. El pueblo hambriento no se dispersaba y seguía rodeando el palacio del arzobispo, gimiendo. Hatto, enojado, hizo rodear aquellas pobres gentes por sus arqueros que detuvieron a hombres y mujeres, ancianos y niños, y los encerraron en un troje¹ al que prendieron fuego. Fue, añadía la vieja criada, «un espectáculo ante el que hasta las piedras habrían llorado» pero Hatto no hizo sino reír; y cuando aquellos desgraciados, expirando entre las llamas, lanzaban gritos lamentables, éste dijo: «¿Estáis oyendo a las ratas silbar?»

Al día siguiente, del troje fatal sólo quedaban cenizas; no había nadie en Maguncia; la ciudad parecía muerta y desierta cuando, de repente, una multitud de ratas, que pululaban en el troje quemado como los gusanos en las úlceras de Asuero, salían de debajo de la tierra, surgían de entre las losas, salían por las grietas de los muros, renacían bajo el pie que las aplastaba, se multiplicaban bajo las piedras y bajo las mazas, e inundaron las calles, la ciudadela, el palacio, los sótanos, las salas y las alcobas. Era un azote, una plaga, un repugnante hormigueo. Fuera de sí, Hatto abandonó Maguncia y huyó hacia la llanura pero las ratas lo siguieron; corrió a refugiarse en Bingen que tenía altas murallas, pero las ratas pasaron por encima de las murallas y entraron en Bingen. Entonces el arzobispo mandó construir una torre en medio del Rin y se refugió en ella con la ayuda de una barca alrededor de la cual diez arqueros golpeaban el agua; las ratas se arrojaron al agua, cruzaron el Rin, treparon por la torre, royeron las puertas, el tejado, las ventanas, los techos, los suelos y, llegadas por fin a la mazmorra en la que el miserable arzobispo se había escondido, lo devoraron vivo.

Ahora la maldición del cielo y el horror de los hombres pesan sobre esta torre llamada Maüsethurm. Está desierta, en ruinas en medio del río y, a veces, por la noche, se ve salir de ella un extraño vapor rojizo que parece el humo de una hoguera, pero es el alma de Hatto que regresa.

¿Han observado ustedes algo? La historia es en ocasiones inmoral, los cuentos son siempre honestos, morales y virtuosos. En la histo-

1- Espacio limitado por tabiques, para guardar frutos y especialmente cereales.

ria el más fuerte prospera, los tiranos triunfan, los verdugos gozan de buena salud, los monstruos engordan, los Sila se transforman en buenos burgueses, los Luis XI y los Cromwell mueren en su cama. En los cuentos el infierno es siempre visible. No hay falta que no tenga su castigo a veces incluso exagerado; no hay crimen que no traiga tras de sí un suplicio con frecuencia espantoso; no hay malvado que no se convierta en un desgraciado a veces digno de lástima. Eso ocurre porque la historia se mueve en lo infinito y el cuento en lo finito. El hombre, que hace el cuento, no se siente con derecho a exponer los hechos y dejar suponer las consecuencias de los mismos; porque palpa en la oscuridad, no está seguro de nada, necesita acotarlo todo por medio de una enseñanza, un consejo y una lección; y no se atrevería a inventar acontecimientos sin conclusión inmediata. Dios, que hace la historia, muestra lo que quiere y conoce el resto.

Maüsethurm es un término cómodo. Se ve en él lo que se quiere ver. Hay espíritus que se consideran positivos –y que no son sino áridos–, que expulsan de todo la poesía, y están siempre dispuestos a decirle, como aquel hombre positivo al ruiseñor: «¡Quieres callarte, maldito animal!» Este tipo de mentes explican que la palabra Maüsethurm viene de *maus* o *mauth*, que significa peaje. Declaran que en el siglo X, antes de que se ensanchara el cauce del río, el paso del Rin sólo estaba abierto por la orilla izquierda y que la ciudad de Bingen había establecido por medio de esta torre su derecho de fielato sobre los barcos. Se apoyan en que aún hay cerca de Estrasburgo dos torres parecidas dedicadas a la percepción de impuestos sobre los transeúntes, que también se llaman Maüsethurm. Para estos graves pensadores inaccesibles a las fábulas, la torre maldita es una puerta de consumos y Hatto un portallero o aduanero.

Para las gentes sencillas, entre las que me incluyo, Maüsethurm procede de *maüse*, que viene de *mus* y significa rata. Esa supuesta puerta de consumos es la torre de las ratas, y el aduanero un espectro. Después de todo, las dos opiniones podrían conciliarse. No es absolutamente imposible que hacia el siglo XVI o el XVII, después de Lutero, después de Erasmo, los burgomaestres incrédulos hubieran utilizado la torre de Hatto y hubieran instalado provisionalmente algu-

na tasa y algún peaje en aquella ruina de mala fama. ¿Por qué no? Roma hizo del templo de Antonino su aduana, su dogana. Lo que Roma hizo respecto a la historia, Bingen pudo hacerlo respecto a la leyenda. Así, mauth tendría razón y maüse no estaría equivocada. Sea como fuere, desde que la vieja criada me narró el cuento de Hatto, la Maüsethurm había sido una de las visiones habituales de mi espíritu. Ya saben, no hay hombre que no tenga sus fantasmas, como no hay hombre que no tenga sus quimeras. De noche pertenecemos a los sueños; a veces los atraviesa un rayo de luz o una llama; y según el reflejo colorante, el mismo sueño es una gloria celestial o una aparición del infierno. Efecto de luz de Bengala que se produce en la imaginación.

Yo debo reconocer que la torre de las ratas, en medio de su charca de agua, siempre me pareció horrible. Por lo que —¿me atreveré a confesarlo?— cuando el azar, que me pasea a su antojo, me condujo a orillas del Rin, el primer pensamiento que se me ocurrió no fue que vería la cúpula de Maguncia, o la catedral de Colonia o el Palatinado, sino que podría visitar la Torre de las Ratas.

UNA VÍCTIMA DE LA PUBLICIDAD

DE
EMILE ZOLA

Conocí a un chico, muerto el año pasado, cuya vida fue un prolongado martirio. Desde que tuvo uso de razón, Claude se hizo este razonamiento: «El plan de mi existencia está trazado. No tengo más que aceptar las ventajas de mi tiempo. Para marchar con el progreso y vivir totalmente feliz, me bastará con leer los periódicos y los carteles publicitarios, mañana y tarde, y hacer exactamente lo que esos soberanos guías me aconsejen. En ello radica la verdadera sabiduría, la única felicidad posible.» Desde entonces, Claude adoptó los anuncios de los periódicos y de los carteles como código vital. Éstos se convirtieron en el guía infalible que le ayudaba a decidirlo todo; no compró nada, no emprendió nada que no le hubiera sido recomendado por la voz de la publicidad. Así fue como el desventurado vivió en un auténtico infierno.

Claude adquirió un terreno formado por tierras de aluvión donde sólo pudo construir sobre pilotes. La casa, construida según un sistema novedoso, temblaba cuando hacía viento y se desmoronaba con las lluvias tormentosas. En su interior, las chimeneas, provistas de ingeniosos sistemas fumívoros, humeaban hasta asfixiar a la gente; los timbres eléctricos se obstinaban en guardar silencio; los retretes, instalados según un modelo excelente, se habían convertido en horribles cloacas; los muebles, que debían obedecer a mecanismos particulares, se negaban a abrirse y cerrarse.

Tenía sobre todo un piano que no era sino un mal organillo y una caja fuerte inviolable e incombustible que los ladrones se llevaron tranquilamente a la espalda una hermosa noche invernal.

El infortunado Claude no sufría sólo en sus propiedades sino también en su persona: La ropa se le rompía en plena calle. La compra-

ba en esos establecimientos que anuncian una rebaja considerable por liquidación total. Un día me lo encontré completamente calvo. Siempre guiado por su amor al progreso, se le había ocurrido cambiar su cabello rubio por otro moreno. El agua que acababa de usar había hecho que se le cayera todo el pelo rubio, y él estaba encantado porque –según decía– ahora podría usar cierta pomada que, con toda seguridad, le proporcionaría un cabello negro dos veces más espeso que su antiguo pelo rubio.

No hablaré de todos los potingues que se tomó. Era robusto pero se quedó escuálido y sin aliento. Fue entonces cuando la publicidad empezó a asesinarlo. Se creyó enfermo y se automedicó según las excelentes recetas de los anuncios y, para que la medicación fuera más efectiva siguió todos los tratamientos a la vez, hallándose confuso ante la idéntica cantidad de elogios que cada producto recibía.

La publicidad tampoco respetó su inteligencia. Llenó su biblioteca con libros que los periódicos recomendaban. La clasificación que adoptó fue de lo más ingeniosa: ordenó los volúmenes por orden de mérito, según el mayor o menor lirismo de los artículos pagados por los editores. Allí se amontonaron todas las bobadas y todas las infamias contemporáneas. Jamás se vio un montón de ignominias semejante. Y además, Claude había tenido el detalle de pegar en el lomo de cada volumen el anuncio que se lo había hecho comprar. Así, cuando abría un libro, sabía por adelantado el entusiasmo que debía manifestar; reía o lloraba según la fórmula. Con ese régimen, llegó a ser completamente idiota.

El último acto de este drama fue lastimoso. Tras haber leído que había una sonámbula que curaba todos los males, Claude se apresuró a ir a consultarla acerca de las enfermedades que no tenía. La sonámbula le propuso obsequiosamente la posibilidad de rejuvenecerlo indicándole la forma para no tener más de dieciséis años. Se trataba simplemente de darse un baño y de beber determinada agua. Se tragó el agua, se metió en el baño y se rejuveneció en él de tal manera que, al cabo de media hora, lo encontraron asfixiado.

Claude fue víctima de la publicidad hasta después de muerto. Según su testamento, había querido ser enterrado en un ataúd de embal-

samamiento instantáneo cuya patente acababa de obtener un droguero. En el cementerio, el ataúd se abrió en dos, y el miserable cadáver cayó al barro donde tuvo que ser enterrado revuelto con las planchas rotas de la caja. Su tumba, hecha de cartón piedra y en imitación de mármol, empapada por las lluvias del primer invierno, no fue pronto nada más que un montón de podredumbre sin nombre.

UNA NOCHE DE VERANO
DE
AMBROSE BIERCE

El hecho de que Henry Armstrong estuviera enterrado no era motivo suficientemente convincente como para demostrarle que estaba muerto: siempre había sido un hombre difícil de persuadir. El testimonio de sus sentidos le obligaba a admitir que estaba realmente enterrado. Su posición —tendido boca arriba con las manos cruzadas sobre su estómago y atadas, que rompió fácilmente sin que se alterase la situación—, el estricto confinamiento de toda su persona, la negra oscuridad y el profundo silencio, constituían una evidencia imposible de contradecir y Armstrong lo aceptó sin perderse en cavilaciones. Pero, muerto... no. Sólo estaba muy enfermo, aunque, con la apatía del inválido, no se preocupó demasiado por la extraña suerte que le había correspondido. No era un filósofo, sino simplemente una persona vulgar, dotada en aquel momento de una patológica indiferencia; el órgano que le había dado ocasión de inquietarse estaba aletargado. De modo que sin ninguna aprensión por lo que se refiriera a su futuro inmediato, se quedó dormido y todo fue paz para Henry Armstrong.

Pero algo se movía en la superficie. Era aquella una oscura noche de verano, rasgada por frecuentes relámpagos que iluminaban unas nubes, que avanzaban por el este preñadas de tormenta. Aquellos breves y relampagueantes fulgores proyectaban una fantasmal claridad sobre los monumentos y lápidas del camposanto. No era una noche propicia para que una persona normal anduviera vagabundeando alrededor de un cementerio, de modo que los tres hombres que estaban allí, cavando en la tumba de Henry Armstrong, se sentían razonablemente seguros.

Dos de ellos eran jóvenes estudiantes de una facultad de medicina que se hallaba a unas millas de distancia; el tercero era un gigantes-

co negro llamado Jess. Desde hacía muchos años Jess estaba empleado en el cementerio en calidad de sepulturero, y su chanza favorita era la de que «conocía todas las ánimas del lugar.» Por la naturaleza de lo que ahora estaba haciendo, podía inferirse que el lugar no estaba tan poblado como su libro de registro podía hacer suponer. Al otro lado del muro, apartados de la carretera, podían verse un caballo y un carruaje ligero, esperando.

El trabajo de excavación no resultaba difícil; la tierra con la cual había sido rellena la tumba unas horas antes ofrecía poca resistencia, y no tardó en quedarse amontonada a uno de los lados de la fosa. El levantar la tapadera del ataúd requirió más esfuerzo, pero Jess era práctico en la tarea y terminó por colocar cuidadosamente la tapadera sobre el montón de tierra, dejando al descubierto el cadáver, ataviado con pantalones negros y camisa blanca.

En aquel preciso instante, un relámpago zigzagueó en el aire, desgarrando la oscuridad, y casi inmediatamente estalló un fragoroso trueno. Arrancado de su sueño, Henry Armstrong incorporó tranquilamente la mitad superior de su cuerpo hasta quedar sentado. Los hombres huyeron profiriendo gritos horribles, poseídos por el terror, cada uno de ellos en una dirección distinta. Dos de los fugitivos no hubieran regresado por nada del mundo. Pero Jess estaba hecho de otra pasta.

Con las primeras luces del amanecer, los dos estudiantes, pálidos de ansiedad y con el terror de su aventura latiendo aún tumultuosamente en su sangre, llegaron a la Facultad.

—¿Lo has visto? —exclamó uno de ellos.

—¡Dios! Sí... ¿Qué vamos a hacer?

Se encaminaron a la parte de atrás del edificio, donde vieron un carruaje ligero con un caballo uncido y atado por el ronzar a una verja, cerca de la sala de disección. Maquinalmente, los dos jóvenes entraron en la sala. Sentado en un banco, a oscuras, vieron al negro Jess. El negro se puso de pie, sonriendo, todo ojos y dientes.

—Estoy esperando mi paga —dijo.

Desnudo sobre una larga mesa, yacía el cadáver de Henry Armstrong. Tenía la cabeza manchada de sangre y arcilla por haber recibido un golpe de azada.

LA MISA DE LAS SOMBRAS
DE
ANATOLE FRANCE

He aquí lo que el sacristán de la iglesia de Santa Eulalia, en Neuville-d'Aumont, me contó bajo el emparrado del Cheval-Blanc, una hermosa velada veraniega, mientras bebíamos una botella de vino añejo a la salud de un muerto muy acomodado, que aquella misma mañana había llevado con honor al cementerio, bajo un paño sembrado de lágrimas de plata:

«Mi difunto padre (dijo el sacristán) ejerció el oficio de sepultor. Era de espíritu agradable, sin duda como consecuencia de su oficio, pues se ha demostrado que las personas que trabajan en los cementerios son de carácter jovial. Yo entro en un cementerio por la noche tan tranquilo como bajo el cenador del Cheval-Blanc. Y si, por casualidad, me encuentro por la noche con un aparecido, no me inquieto, pues pienso que debe ir a sus asuntos lo mismo que yo voy a los míos. Conozco las costumbres de los muertos y su carácter. Sé a ese respecto cosas que ni los mismos curas saben. Y si le contara todo lo que he visto, se quedaría bastante sorprendido. Pero todas las verdades no se deben contar y mi padre, al que sin embargo le gustaba contar historias, no reveló ni la vigésima parte de lo que sabía. En cambio, repetía con frecuencia los mismos relatos y, en mi opinión, narró lo menos cien veces la aventura de Catherine Fontaine.

Catherine Fontaine era una vieja solterona que él recordaba haber visto cuando era niño. No me extrañaría que vivieran aún en la comarca unos cuantos ancianos que recuerden haber oído hablar de ella, pues era muy famosa y de buena reputación, aunque pobre. Vivía en la esquina de la calle de las Novicias, en la torrecilla que aún puede verse y que depende de un viejo hotel ya casi destruido que da al jardín de

las Ursulinas. En esa torrecilla hay figuras e inscripciones medio borrradas. El padre Levasseur, el difunto párroco de Santa Eulalia, aseguraba que en ellas se decía en latín que el amor es más fuerte que la muerte. Lo que, añadía, debía referirse al amor divino. Catherine Fontaine vivía sola en esa pequeña vivienda. Era encajera. Usted sabe que los encajes de nuestra región eran en otros tiempos muy famosos. No se le conocían ni parientes ni amigos. Se decía que a los dieciocho años había amado al joven caballero d'Aumont-Cléry, con el que había estado secretamente comprometida. Pero las gentes de bien no querían creer nada de esto y afirmaban que se trataba de un cuento que alguien había inventado porque Catherine Fontaine tenía más aspecto de señora que de obrera, conservaba bajo sus cabellos blancos los restos de una gran belleza, tenía expresión de tristeza y porque llevaba en el dedo una de esas sortijas en las que el orfebre coloca dos pequeñas manos enlazadas que, antiguamente, se acostumbraba a intercambiar cuando dos jóvenes se comprometían. Usted sabrá dentro de nada de qué se trataba. Catherine Fontaine vivía santamente. Frecuentaba las iglesias y, cada mañana, hiciera el tiempo que hiciera, asistía a la misa de las seis en Santa Eulalia.

Sucedió que, una noche de diciembre, mientras dormía en su pequeño cuarto, se despertó al oír las campanas; sin dudar de que sonaran para la misa primera, la piadosa mujer se vistió, y bajó a la calle, donde la oscuridad era tan intensa que no se veían las casas ni brillaba el menor resplandor en el cielo negro. Y era tal el silencio de aquellas tinieblas, que no se escuchaba ni a un perro ladrar en la lejanía, y que uno se sentía separado de cualquier criatura viviente. Pero Catherine Fontaine, que conocía cada una de las losas en las que posaba el pie y que habría podido ir a la iglesia con los ojos cerrados, llegó sin problemas a la esquina de la calle de las Novicias con la calle de la Parroquia, allí donde se levanta una casa de madera que tiene un árbol de Jesé esculpido en una viga. Una vez llegada a este punto, vio que las puertas de la iglesia estaban abiertas y que salía de ella una gran claridad de cirios. Siguió andando y tras cruzar el porche, se encontró con que una asamblea numerosa llenaba la iglesia. Pero no reconocía a ninguno de los asistentes, y estaba sorprendida de ver a todas aquellas personas vestidas de

terciopelo y brocado, con plumas en el sombrero y llevando la espada al estilo de tiempos antiguos. Había señores que tenían altos bastones con pomos dorados y damas con cofia de encaje sujeta por una peineta en forma de diadema. Caballeros de la orden de San Luis le daban la mano a damas que ocultaban tras el abanico un rostro maquillado, del que no se veía sino la sien empolvada y una mosca en el rabillo del ojo. Y todos iban a colocarse en su sitio sin ruido, y mientras andaban no se oía ni el ruido de sus pasos, ni el roce de los tejidos. Las naves laterales estaban repletas de jóvenes artesanos, de chaqueta parda, pantalón de bombasí y medias azules, que sostenían por la cintura a jóvenes muy bonitas y sonrosadas, con los ojos bajos. Y cerca de las pilas del agua bendita, las campesinas de falda roja y corpiño encordonado, se sentaban en el suelo con la tranquilidad de los animales domésticos, mientras que los jóvenes zagales, de pie tras ellas, abrían grandes ojos dándole vueltas entre los dedos a su sombrero. Y todos aquellos rostros silenciosos parecían eternizados en el mismo pensamiento, dulce y triste.

Arrodillada en su lugar habitual, Catherine Fontaine vio al sacerdote avanzar hacia el altar, precedido de dos ayudantes. No reconoció ni al sacerdote ni a los clérigos. La misa comenzó. Era una misa silenciosa en la que no se oían ni el sonido de los labios que se movían, ni el tañido de la campanilla inútilmente tocada. Catherine Fontaine se sentía bajo la mirada y la influencia de su misterioso vecino al que miró casi sin girar la cabeza y en el que reconoció al joven caballero d'Aumont-Cléry, que la había amado y que estaba muerto desde hacía cuarenta y cinco años. Lo reconoció por una pequeña señal que tenía por debajo de la oreja izquierda y sobre todo por la sombra que sus largas pestañas negras formaban en sus mejillas. Estaba vestido con el traje de caza, rojo con galones dorados, que llevaba el día que la había encontrado en el bosque de Saint-Léonard, le había pedido que le diera de beber y le había robado un beso. Había conservado su juventud y su buen aspecto. Su sonrisa mostraba aún sus dientes de joven lobo. Catherine le dijo en voz baja:

—Señor, que fuisteis mi amigo y a quien antaño le entregué lo más valioso que tiene una joven. ¡Que Dios os tenga en su gloria! Que Él pueda por fin inspirarme pesar por el pecado que con vos cometí; pues es cierto que, canosa y cerca de la muerte, no me arrepiento aún de habe-

ros amado. Pero, amigo difunto, mi bello señor, decidme quiénes son las personas vestidas a la antigua usanza que asisten a esta silenciosa misa.

El caballero d'Aumont-Cléry respondió con una voz más débil que un soplo y sin embargo más clara que el cristal:

—Catherine, son almas del purgatorio que ofendieron a Dios pecando como nosotros por amor, pero que no por ello quedaron definitivamente separadas de Dios, porque su pecado, como el nuestro, fue sin maldad. Mientras que, separados de todos los que amaron sobre la tierra, se purifican en el fuego lustral del purgatorio, sufren los males de la ausencia, y éste es para ellos el más cruel sufrimiento. Son tan desgraciados que un ángel del cielo se apiada de su pena de amor. Con el permiso de Dios, reúne cada año durante una hora por la noche, al amigo y la amiga, en su iglesia parroquial, donde se les permite que oigan la misa de las sombras tomados de la mano. Ésta es la verdad. Si se me permite verte aquí antes de tu muerte, Catherine, es algo que no se realiza sin el permiso de Dios.

Y Catherine Fontaine le contestó:

—Me gustaría morir para volver a ser bella como en los días en los que te daba de beber en el bosque, mi difunto señor.

Mientras ellos hablaban en voz baja, un canónigo muy viejo hacía la colecta y presentaba una gran bandeja de cobre a los asistentes que dejaban caer en ella antiguas monedas que no están en curso hace ya mucho tiempo: escudos de seis libras, florines, ducados de oro y ducados de plata, jacobus ingleses, nobles à la rose, y las monedas caían en silencio. Cuando la bandeja le fue presentada, el caballero depositó un luis que no sonó más que las demás monedas de oro o de plata.

Luego el canónigo se detuvo delante de Catherine Fontaine, que buscó en su bolsillo sin encontrar ni un ochavo. Entonces, no queriendo negar su ofrenda, se quitó del dedo el anillo que el caballero le había regalado la víspera de su muerte, y lo depositó en la bandeja de cobre. Al caer, el anillo de oro sonó como un pesado badajo de campana, y tras el ruido retumbante que produjo, el caballero, el canónigo, el celebrante, los clérigos, las damas, los caballeros, la asamblea entera se desvaneció; los cirios se apagaron y Catherine Fontaine permaneció sola en la oscuridad.»

Al concluir su relato, el sacristán bebió un gran trago de vino, permaneció por un instante pensativo y luego prosiguió en estos términos:

—Le he contado esta historia como mi padre me la contó en reiteradas ocasiones, y creo que es verdadera porque coincide con todo lo que yo he observado de los usos y costumbres concernientes a los difuntos. He frecuentado mucho a los muertos desde mi infancia y sé que acostumbran a volver a sus amores. Así, los muertos avariciosos vagabundean de noche junto a los tesoros que ocultaron en vida. Montan guardia en torno a su oro, pero los esfuerzos que realizan, lejos de servirles para algo, actúan en su contra y no es raro encontrar dinero enterrado cavando en el lugar frecuentado por un fantasma. De igual modo, los maridos difuntos vienen de noche a atormentar a sus mujeres casadas en segundas nupcias, y podría mencionar a muchos que, después de muertos, han guardado mejor a sus esposas de lo que habían hecho en vida. Éstos son criticables pues, en buena justicia, los difuntos no deberían sentirse celosos. Pero le cuento lo que he observado. Por lo que considero que hay que tener cuidado cuando uno se casa con una viuda. Además, la historia que he contado quedó probada como sigue: Por la mañana, después de esta noche extraordinaria, Catherine Fontaine fue encontrada muerta en su habitación. Y el pertiguero de Sainte Eulalia encontró en la bandeja de cobre que servía para la colecta una sortija de oro con dos manos unidas. Aparte de eso, yo no soy aficionado a contar cuentos de risa. ¿Y si pidiéramos otra botella de vino...?

UNA BELLA PELÍCULA
DE
GUILLAUME APOLLINAIRE

¿Sobre qué conciencia no pesa un crimen? —preguntó el barón d'Ormesan—. Por mi parte, ya no me tomo la molestia de contarlos. He cometido algunos que me produjeron dinero, y si hoy no soy millonario, debo culpar más bien a mis apetitos que a mis escrúpulos.

En 1901, en unión de unos amigos, fundé la Compañía Internacional Cinematographic, a la que para abreviar llamamos C.I.C. Nuestro propósito era producir una película de gran interés y pasarla luego en los cinematógrafos de las principales ciudades de Europa y América. Nuestro programa estaba bien trazado. Gracias a la indiscreción de uno de los domésticos, pudimos obtener una escena interesantísima que representaba al presidente de la República, en momentos en que se levantaba de la cama. Siguiendo idéntico procedimiento, también logramos la filmación del nacimiento del príncipe de Albania. En otra oportunidad, después de comprar a precio de oro la complicidad de algunos funcionarios del Sultán, pudimos fijar para siempre la impresionante tragedia del gran visir MalekPacha, quien, después de los desgarradores adioses a sus esposas e hijos, bebió, por orden de su amo y señor, el funesto café en la terraza de su residencia de Pera.

Sólo nos faltaba la representación de un crimen. Pero, desdichadamente, no es fácil conocer con anticipación la hora de un atraco y es muy raro que los criminales actúen abiertamente.

Desesperando de lograr por medios lícitos el espectáculo de un atentado, decidimos organizarlo por nuestra cuenta en una casa que alquilamos en Auteuil a esos efectos. Primeramente habíamos pensado contratar actores para un simulacro de ese crimen que nos faltaba, pero, aparte de que con ello hubiésemos engañado a nuestros futuros

espectadores al ofrecerles escenas falsas, habituados como estábamos a no cinematografiar más que la realidad, no podíamos satisfacernos con un simple juego teatral por perfecto que fuera. Llegamos así a la conclusión de echar suerte, para establecer quién de entre nosotros debía juramentarse y cometer el crimen que nuestra cámara registraría. Mas ésta fue una perspectiva ingrata para todos. Después de todo, éramos una sociedad constituida por personas de bien y nadie tomaba a broma eso de perder el honor ni aun por fines comerciales.

Una noche decidimos emboscarnos en la esquina de una calle desierta, muy cerca de la villa que alquiláramos. Éramos seis y todos íbamos armados con revólveres. Pasó una pareja: un hombre y una mujer jóvenes, cuya elegancia muy rebuscada nos pareció a propósito para acondicionar los elementos más interesantes de un crimen pasional. Silenciosos, nos abalanzamos sobre la pareja y amordazándolos los condujimos a la casa. Allí los dejamos bajo el cuidado de uno de nuestro grupo, volviendo a nuestra posición. Un señor de patillas blancas vestido con traje de noche apareció en la calle; salimos a su encuentro y lo arrastramos a la casa a pesar de su resistencia. El brillo de nuestros revólveres dio razón de su coraje y de sus gritos.

Nuestro fotógrafo preparó su cámara, iluminó la sala convenientemente y se aprestó a registrar el crimen. Cuatro de los nuestros se colocaron al lado del fotógrafo apuntando con las armas a los cautivos.

La joven pareja estaba todavía desvanecida. Los desvestí con atenciones conmovedoras: despojé a la muchacha de la falda y el corsé, dejando al joven en mangas de camisa. Dirigiéndome al señor de esmoquin, le dije:

—Señor: ni mis amigos ni yo deseamos a usted ningún mal. Pero le exigimos, bajo pena de muerte, que asesine, con este puñal que arrojo a sus pies, a este hombre y a esta mujer. Ante todo, usted tratará de que vuelvan de su desmayo; tenga cuidado que no lo estrangulen. Como están desarmados, no cabe la menor duda de que usted logrará su propósito.

—Señor —repuso cortésmente el futuro asesino— no tengo más remedio que ceder ante la violencia. Usted ha tomado todas las resoluciones y no deseo en lo más mínimo modificar una decisión cuyo moti-

vo no se me aparece claramente; voy a pedirle una gracia, sólo una: permítame cubrirme el rostro.

Nos consultamos y resolvimos que era mejor así, tanto para él como para nosotros. Coloqué sobre la cara del hombre un pañuelo en el que previamente habíamos abierto dos orificios en el lugar de los ojos, y el individuo comenzó su tarea.

Golpeó al joven en las manos. Nuestro aparato fotográfico empezó a funcionar, registrando esta lúgubre escena. Con el puñal dio unos puntazos en el brazo de su víctima. Ésta se puso rápidamente de pie, saltando, con una fuerza duplicada por el espanto, sobre la espalda de su agresor. La muchacha volvió en sí de su desvanecimiento y acudió en socorro de su amigo. Fue la primera en caer, herida en el corazón. Luego la escena se concentró en el joven, que se abatió de una herida en la garganta. El asesino hizo las cosas bien. El pañuelo que cubría su rostro no se había movido durante la lucha, y lo conservó puesto todo el tiempo que la cámara funcionó.

—¿Están ustedes conformes? —nos preguntó—. ¿Puedo ahora arreglarme un poco?

Lo felicitamos por su labor. Se lavó las manos, se peinó, cepillándose luego el traje. Inmediatamente, la cámara se detuvo.

UN CREYENTE
DE
GEORGE LORING FROST

Al caer la tarde, dos desconocidos se encuentran en los oscuros corredores de una galería de cuadros. Con un ligero escalofrío, uno de ellos dijo:

—Este lugar es siniestro. ¿Usted cree en fantasmas?

—Yo no —respondió el otro—. ¿Y usted?

—Yo sí —dijo el primero, y desapareció.